

# LETRA & LETRILLAS L&TRON



+La risa y los fanáticos.

68

POLÍTICA

## NO HAY NINGÚN DEBATE SOBRE LA LIBERTAD DE EXPRESIÓN

✉ DANIEL GASCÓN

**L**a masacre de la redacción de *Charlie Hebdo* ha reactivado el debate sobre la libertad de expresión y sus límites. La discusión es larga y compleja, pero la solución es más sencilla de lo que parece. No hay ningún debate.

El miércoles 7 de enero, dos hombres encapuchados y armados con rifles de asalto fueron a la redacción de una revista. Amenazando con matar a su hija pequeña si no accedía a sus demandas, obligaron a que una periodista tecleara el código de acceso. Fueron a la sala donde se reunía el personal y abrieron fuego, diciendo los nombres de algunas de sus víctimas. En su huida hirieron a un policía. Cuando estaba en el suelo lo mataron de un tiro. En total, asesinaron a doce personas. Once más resultaron heridas.

Otro hombre, que al parecer el día anterior había asesinado a una policía, secuestró a varios clientes y empleados de un supermercado kosher y se atrincheró en el establecimiento. Mató a cuatro de

esas personas. Esto ha ocurrido en 2015, en la capital de un país europeo.

Los terroristas que entraron en *Charlie Hebdo* administraban un castigo. El delito de los caricaturistas era haber publicado chistes gráficos sobre el islam. El atentado fue la ejecución de una condena a muerte, emitida por un tribunal sin autoridad judicial, según unas leyes que no ha validado ningún parlamento y realizada por unos verdugos auto-designados. (El delito de los rehenes del supermercado, parece, era ser judíos.) Replantearse los límites de la libertad de expresión a causa de este crimen es como replantearse la igualdad racial a causa de que el Ku Klux Klan cometió un asesinato.

Centenares de miles de personas salieron a las calles de París para condenar la masacre. Por todo el mundo se extendieron las condenas a la matanza y la solidaridad con los seres cercanos a las víctimas y con Francia, un país que, con todas sus contradicciones, representa unos ideales republicanos de libertad, igualdad y fraternidad, unos valores laicos, ilustrados y universales.

También ha habido "mentes sutiles", que es como define Emmanuel Carrère a "esa gente de nuestro mundo que piensa que está más informada y es más inteligente que el lector medio de periódicos, y que

está obsesionada por la idea de que no la engañen". Es curioso que haya quien diga, inmediatamente después de un atentado como este, que el auténtico peligro es la islamofobia. Sin duda, hay que evitar que los movimientos xenófobos que han surgido en buena parte de Europa se beneficien de este episodio. Hay que combatir, más que nunca, el prejuicio y la discriminación, y evitar que el pánico justifique la restricción de las libertades. La mayoría de las víctimas del yihadismo, y de las interpretaciones más oscurantistas del islam, son musulmanas. La inmensa mayoría de los musulmanes europeos son ciudadanos pacíficos que respetan la ley, y que la defienden (a veces, como en el caso de uno de los policías asesinados, con su vida). Muchas organizaciones musulmanas han manifestado su rechazo al crimen. Pero descalificar cualquier crítica a la religión como islamofobia es un error.

También han surgido voces que recordaban que muchas más personas mueren en otros lugares por otros conflictos. En muchos casos se debe al terrorismo islámico, que en Nigeria emplea a niños como terroristas suicidas. Uno de los aspectos más impactantes del atentado contra *Charlie Hebdo* es que haya sucedido en una parte del mundo donde,

tras siglos de violencia, los conflictos ya no se arreglan a tiros, del mismo modo que si un león anda suelto por Tarragona llama más la atención que si está en el parque nacional del Serengeti. Es válido señalar, como dicen quienes critican que se hable demasiado de *Charlie Hebdo*, que esas vidas no valen en sí más que las vidas de otras personas que fueron asesinadas. Pero eso no disminuye el crimen.

Es desconcertante que la discusión se deslizara a valoraciones sobre los límites de la libertad de expresión, y fue un tanto desolador ver la estructura “El crimen es horrible, pero” a las pocas horas de la matanza. Tony Barber, en el *Financial Times*, escribió que “algo de sentido común sería útil en publicaciones como *Charlie Hebdo* y el *Jyllands Posten* [el medio que publicó las caricaturas de Mahoma en 2005] de Dinamarca, que dicen defender la libertad cada vez que provocan a los musulmanes”.

Palabras como las de Tony Barber tienen algo en común con las que hemos escuchado desde la izquierda en los últimos años, cuando la gente que se ha atrevido a criticar al islam ha estado demasiado sola. El tono de superioridad es el mismo, y también la asunción levemente paternalista de que ningún musulmán puede evitar sentirse ofendido por un dibujo: así de primitivos son todos. Barber apela al sentido común; los otros apelaban al respeto y enarbocaban listas de falsas equivalencias donde aparecía a menudo la igualación entre la situación de los judíos en la Alemania nazi y la de los musulmanes en la Europa actual (aunque un musulmán que sea ciudadano español, francés o danés tiene más derechos que el de ningún país musulmán). Habría sido mucho mejor que mostraran la emoción comprensible que intentaban ocultar: el miedo. *From Fatwa to Jihad* de Kenan Malik, *You Can't Read This Book* de Nick Cohen, o el reciente y estupendo *The Tyranny of Silence* de Flemming Rose, responsable de las páginas de cultura del *Jyllands Posten*, cuentan la historia de cómo el temor y la culpa han extendido la autocensura en Occidente desde que se produjo el caso Rushdie. *Charlie Hebdo* ha estado demasiado solo.

Se podría responder de muchas maneras a las mentes sutiles. Se les podría decir, por ejemplo, que si los disidentes de la Unión Soviética y los países del bloque comunista no hubieran reclamado que el régimen estuviera a la altura de los principios que decía defender, se habrían ahorrado muchas complicaciones. Si los musulmanes que critican su religión o que cambian de confesión no lo hicieran, tendrían vidas más tranquilas, y no se arriesgarían a la tortura o la muerte. Causarían menos problemas para todos si hubieran mostrado algo más de sentido común.

También se podría responder que no podemos admitir que solo los musulmanes puedan hablar del islam. De lo contrario, no se podría criticar la vergonzosa actitud de la Iglesia Católica con la pedofilia durante muchos años si no eres católico, no se podrían reprochar las políticas de regímenes represivos si tu pasaporte es de otro país, no se podría hablar del racismo o de la opresión de la mujer en otras culturas o religiones. Y supondría convertir a los musulmanes en rehenes de los sectores más extremistas, entregar el control de la discusión al sector más estúpido y fanático. Hay que salvaguardar un espacio donde se puedan discutir las ideas religiosas y morales, un lugar al que los disidentes del islamismo puedan recurrir. El espacio intelectual es de todos, como las calles. No podemos dejar que un barrio sea controlado por una banda de mafiosos y desaconsejar a la gente que vaya por ahí porque no es seguro. El barrio tiene que estar bien iluminado y la policía es la única autoridad que debe proteger a quienes viven en él y a quienes lo frecuenten de vez en cuando.

Sin libertad de expresión no hay democracia. Esa libertad de expresión debe ser lo más amplia posible, y solo excluir a la incitación clara e inequívoca a la violencia. No puede ser algo que proteja solamente a quien diga cosas educadas y sensatas —una de las estupideces que se repiten es que las caricaturas eran vulgares—, o con las que estemos de acuerdo. Aunque la posibilidad de ofender unas

sensibilidades u otras debe estar amparada por la ley, se puede discutir sobre si es conveniente. En un debate sobre los supuestos límites de la libertad de expresión, habrá de esos matices. Sin embargo, eso es una cuestión de buenos modales. En cambio, la libertad de expresión es un derecho esencial y regulado por la ley, y el monopolio de la violencia legítima pertenece al Estado. Mientras enfrente haya asesinos armados, los escritores y los dibujantes con poco tacto se juegan la vida por la libertad de todos, y la posibilidad de hacer un chiste es la medida de la civilización. —

69

LITERATURA

## EL LIBRO BUSCADO

• ELENA MEDEL

LETRAS LIBRES  
FEBRERO 2015

Cinco mujeres ocupan el centro de la escena: la madre y sus cuatro hijas, quizás frenéticas a una chimenea con el fuego vivísimo, puede que también con algún libro grueso sobre algún regazo. Las mujeres, a las que han pintado con ropas humildes y gesto sonriente, forman una estampa amable. Hasta ahí, los falsos lugares comunes en torno a la historia sin mácula que nos instala en la memoria el celuloide. Porque nuestro prejuicio sobre *Mujercitas* no lo ha erigido la historia que cuenta su autora, sino la historia que se nos contó que contaba: esas cinco mujeres cómodas en la adversidad, pequeñas más allá del diminutivo paternalista, que ha transmitido el cine. Cuando descubrimos el original de Louisa May Alcott nos sabe amarga y contemporánea, incluso feminista.

Leer *Mujercitas* sin la posterior censura de los editores —empeñados en no grabar sueños equivocados en las mujeres de la época— permite concebir su escritura como un acto físico: un ejercicio funámbulo en el que Alcott se debate entre las concesiones al gusto de la época y la reivindicación de su papel como autora. Así, de puntillas sobre el alambre, o la supervivencia o el vacío, Alcott debió enfrentarse a la tensión entre



+Una novela poliédrica.

la literatura comercial, aquella que le permitiría –según el objetivo que se marcó Jo March– mantener a los suyos, y la ambición literaria; la aspiración de crear una obra perdurable y de subrayar su presencia en la trama, su implicación en cómo se decía lo que se decía. Aunque en muchos instantes *Mujercitas* se pliega a los valores tradicionales, mora-leja incluida, en otros momentos algo se quiebra, y por esa rendija entra el aire y se asoman otros tiempos.

Por esa grieta escapa Jo March, la segunda de las mujercitas, la que acompaña a la vieja y rica tía contándole historias ajena en voz alta, asegurando que tiene “ganas de aventura” y que va “a salir en busca de alguna”. Jo rechaza el destino que la costumbre le impone, ese que la dicta sumisa y esposa y madre y que la relega a la casa y el matrimonio y la crianza, porque no está dispuesta a negarse a cumplir su sueño: escribir y, con su literatura, ganarse la vida. Esa vida que desea Jo March guarda relación con la vida que protagonizó Louisa May Alcott, que extrajo de su infancia los materiales para construir *Mujercitas*, y por aquí se asoma otro de los rasgos de la modernidad de la novela: esa presencia de la escritora –y de su labor– en la narración. Aunque *Mujercitas* no se define autobiográfica, Jo March –al estilo del “Madame Bovary c'est moi”

de Flaubert– era realmente Louisa May Alcott. *Mujercitas* es Alcott: cuenta su historia, la de sus hermanas, la de sus primeros años pataleando ante cuanto se le dictaba. Y como Alcott cuenta su historia, como le pertenece, la autora sale y entra en la trama y se pasea por ella y nos recuerda que ella es quien inventa y decide, que su papel no se reduce al instrumento. Abundan las intervenciones en primera persona del singular, los toques de atención al lector; “y a mí me parece que Jo tenía toda la razón”, concluye en uno de los capítulos, apoyando a su sosias.

Jo resume el discurso de Alcott y su fuerza. Muchos se preguntarán qué modernidad –al margen de lo puramente formal– late en una novela protagonizada por cinco ángeles del hogar, por cinco mujeres que permanecen en casa esperando el regreso del marido y del padre, ejerciendo la caridad y dedicándose al cuidado las unas de las otras. Marmee March, la madre, se rebela contra el profesor Davis, que en la escuela castiga con violencia a Amy, la hermana pequeña. “No apruebo los castigos corporales”, anuncia, “y menos aún cuando se trata de niñas”. Marmee mantiene su actitud cuando Meg apoya a Jo en su independencia, que es también la intención de Beth, generosa y amante del piano y la ilustración. También hay un personaje

jugosísimo, el vecino Laurie, algo así como una avanzadilla de lo que los posmodernos han bautizado como nueva masculinidad, y que decide fijarse en la mujer más alejada del paradigma de la época: Laurie, cómodo entre las mujercitas March, no elige a la amorosa y bella Meg, sino a Jo, la desmelenada.

*Mujercitas* tocó ciertos asuntos adelantados a su época, y a la vez se lee hoy como un libro cercano a las preocupaciones del siglo xxi. La familia March ha perdido su fortuna y, sobre todo, el estatus que el dinero del padre les brindaba: mientras las hijas mayores trabajan y las pequeñas se han concienciado de la importancia de no malgastar sus ahorros, la madre busca a amigos ricos para ayudar –corre, en fin, el xix– a los pobres que ella no puede atender, y todas se escandalizan cuando en los bailes Meg pretende vestir ropa y adornos que las March no se permitirían. “Las muchachas pobres no deben adornarse demasiado”, se queja Jo.

Entre todas las March, entre la madre y las hijas, pues todo cuanto sucede en *Mujercitas* sucede en función de ellas, y nada interesa si ninguna de ellas ejerce al menos de bisagra, se establece una relación que trasciende el parentesco y se instala en la sororidad; a ella se incorpora Hannah, la criada, que en algún caso sustituye en la toma de decisiones –y en los cuidados– a la madre. En la pelea entre Jo y Amy, la madre y las otras hermanas interceden comprendiendo el enfado de una y suavizando el exceso de otra: ninguna vale más que otra, todas se comprenden, actúan como una sola. *Mujercitas*, en plural: las hermanas March. La enseñanza valía para el xix, y mantiene su validez y su necesidad siglo y medio más tarde.

Existe un libro de Alcott –una lectura del libro de Alcott– que apuesta por el entretenimiento puro, que narra la historia emocionante de cinco mujeres solas –una madre, sus cuatro hijas– durante la Guerra de Secesión, que salen adelante con abnegación y buen humor, que crecen y aprenden en soledad la una de las otras. Este libro fluye como

la alta novela popular que se pensó: asume con compromiso y dignidad su vocación masiva, trata al lector con respeto, de igual a igual, y teje una historia de formación y descubrimientos, con un puñado de personajes que se quedan contigo.

Sin embargo, también hay otros libros en *Mujercitas*: el que guía la voz de una adolescente, Jo March, que se resiste a cumplir las normas porque confía en otros caminos, y porque la acompañan otras mujeres –¡y otros hombres!– que también lo creen así; y el que nos muestra a una escritora que experimenta en lo formal –hay autoficción y hay reflexión sobre la escritura y hay metaliteratura e incluso recurre al juego del libro dentro del libro, con la casi paráfrasis del protomanual de autoayuda *El proceso del peregrino*–, y que probó a pensar de otra manera. Un libro publicado en 1868, adelantado a muchas de sus circunstancias, conservador en muchas otras, más poliédrico de lo que aparenta. –

POLÍTICA

## LOS PELIGROS GEMELOS DE EUROPA

• JAN-WERNER MÜLLER

Hace un cuarto de siglo, un funcionario prácticamente desconocido del Departamento de Estado publicó un artículo en una revista política conservadora que alcanzaría una fama (o quizás infamia) global. El autor de la pieza era Francis Fukuyama, y el título era “¿El final de la historia?” (aunque la mayor parte de la gente olvidó los signos de interrogación). Desde el principio, los críticos atacaron las afirmaciones de Fukuyama. Strobe Talbott, que luego sería vice-secretario del departamento en el que Fukuyama trabajaba en 1989, las llamó “el comienzo del absurdo”; Christopher Hitchens las desdeñó como “autocomplacencia elevada al nivel de la filosofía”. Y esas fueron algunas de las críticas más amables.

Sin embargo, Fukuyama no había sido tan ingenuo como para declarar que el final de la Guerra Fría

significaba el cese de todos los conflictos. Más bien, había planteado que solo la democracia liberal cumplía en último término las aspiraciones humanas básicas de la libertad y la dignidad. Esa afirmación no descartaba la posibilidad de lo que describía como fanatismos más o menos locales. Pero no habría un rival serio para la democracia liberal que ejerciera algo similar a una atracción global, como habían hecho el comunismo y el fascismo en el siglo XX.

Había otro claro punto ciego en muchos de los comentarios sobre Fukuyama: el lugar en el que la historia había terminado primero, según el ensayista, era lo que en los ochenta todavía se llamaba la Comunidad Europea. Europa occidental, escribía Fukuyama en 1989, había visto “la creación de un mercado común” en las relaciones internacionales, con el resultado de que ahora el conflicto era discutir sobre tarifas, en vez de tener enfrentamientos militares.

¿Y veinticinco años más tarde? No es obvio que se haya demostrado que Fukuyama estuviera equivocado (aunque cualquiera que no tuviera mucho que decir sobre el orden posterior a la Guerra Fría se veía obligado a señalar desdeñosamente que al menos una cosa era segura: la historia *no* había terminado). China asciende, pero ¿millones de personas en el mundo se entusiasman con el “sueño chino”? ¿Y qué entrañaría ese sueño? ¿Un partido leninista que asegurase un crecimiento económico continuo? ¿El putinismo es un rival serio para la democracia liberal? ¿O el modelo de la “democracia antiliberal” que elogió el primer ministro húngaro Viktor Orbán el pasado verano?

No lo creo. Pero esta conclusión no debería conducirnos a una complacencia liberal. Porque no todo va bien. En 1989 Fukuyama declaró que el gran peligro para un lugar como Europa occidental podía ser el aburrimiento: predijo que no habría más ocasiones para el heroísmo, a medida que el continente se convertía en una especie de museo viviente. Pero ¿estamos aburridos en la Europa actual? No mucho. Sin embargo,

el conflicto es menos el regreso de las grandes doctrinas que se dicen superiores a la democracia liberal occidental (y capitalista). Más bien, asistimos a la extensión de algo que podría llamarse la negra sombra de la democracia, una sombra que puede parecerse en muchos sentidos a la cosa real: el populismo.

Se ha escrito mucho sobre este fenómeno en los últimos años, pero la lógica interna del populismo no siempre se ha entendido bien (y ha llevado, diría yo, a una injusta aplicación de esta etiqueta a grupos como los Indignados españoles, o, ya que estamos, a cualquier crítico del euro tal como lo conocemos). Por supuesto, todos los populistas se presentan como antielitistas, pero no todos los que encuentran defectos en las élites actuales son populistas. Otra condición necesaria para justificar la etiqueta de “populista” es la falta de pluralismo. Solo los populistas, dicen los populistas, representan al pueblo moralmente puro; todos los rivales políticos son sospechosos *per se*, y no puede existir una oposición legítima. Pensemos en Orbán diciendo, tras su derrota electoral de 2002, que la nación no podía estar en la oposición (y por tanto igualando su partido con la nación). U otro ejemplo de esta lógica: Recep Tayyip Erdogan, elegido por su propio partido político, AKP, como candidato a las elecciones presidenciales de Turquía, dijo a sus críticos: “Nosotros somos el pueblo. ¿Vosotros quiénes sois?” Los populistas se alimentan del conflicto con las élites –podría decirse que el conflicto vertical les parece estupendo–, pero no condonan el conflicto horizontal, porque no puede haber otro contendiente legítimo para representar al pueblo, aparte de ellos. El populismo así entendido es el que asciende en Europa. Y es precisamente el populismo el que ha creado el peligro de lo que llamaría la *desintegración normativa* de la Unión Europea.

Según los tratados europeos, los europeos comparten valores fundamentales, como la democracia y los derechos humanos, y están comprometidos con promover esos valores dentro y fuera de la UE. Además, lo que se podría denominar un *acquis*

communitaire europeo se reforzó con los “criterios de Copenhague”, según los cuales los países tienen que demostrar que son verdaderas democracias y que respetan los derechos humanos, así como el pluralismo político, antes de poder acceder a la Unión. Hoy podríamos tener serias dudas sobre esa idea y preguntarnos: ¿existe realmente un consenso en torno a los valores fundamentales, no digamos un consenso en cuanto a si, y cómo, se deben promover esos valores? ¿Podemos estar de acuerdo en lo que sería problemático de la “democracia antiliberal” y la política de personas como Putin y Erdogan? Y, en lo que respecta a los miembros de la Unión Europea, ¿tenemos idea de cómo tratar con países donde la democracia y el Estado de Derecho se encuentran amenazados?

Sin duda, la crisis del euro –es decir, el espectro de la desintegración financiera y económica– ha distraído la atención de la desintegración normativa. Pero esta última podría ser más seria que la primera. Sin duda, la disolución de la eurozona podría tener consecuencias catastróficas para la economía global. Pero, si lo miramos de forma desapasionada, al final solo demostraría que las élites europeas cometieron un error político tremendamente grave. Por otro lado, ignorar el ascenso de un populismo genuinamente antide democrático en Hungría y las crisis de los derechos fundamentales de los romaníes y de los refugiados erosionan las bases morales del proyecto europeo. Es fácil decir que la UE no puede hacer nada más por ninguno de ellos, porque carece de legitimidad a los ojos de sus propios ciudadanos. Pero quizás sea exactamente al revés: la UE carece de legitimidad porque no puede hacer nada.

Hay un nivel de integración e interdependencia en la UE que hace que resulte imposible, parafraseando a Neville Chamberlain, que haya países desgraciados y lejanos en la UE acerca de los cuales no sabemos nada, y que nos preocupan poco. Mientras un Estado miembro conserve un voto en el Consejo



Siempre hay un populista al acecho.

Europeo, todos los ciudadanos europeos se ven al menos indirectamente afectados por ese país, ya que vota sobre la legislación de la UE. Pero las élites europeas no usan las posibilidades que ofrecen los tratados de la UE (privar a los gobiernos del derecho de voto en el Consejo Europeo) para sancionar a los Estados discolos. Los países individuales también son reacios a enfrentarse a otros Estados miembros directamente, porque tienen malos recuerdos del año 2000, cuando catorce Estados miembros implementaron sanciones bilaterales contra un gobierno austriaco que incluía al Partido de la Libertad de Jörg Haider (aunque no es en modo alguno obvio que esa sanciones fueran un fracaso o una vergüenza como muchos testigos declararon en la época). Y la sociedad civil ha desempeñado un papel menor a la hora de movilizar a los ciudadanos para que se preocupen por lo que ocurre en otros Estados miembros. Sin duda, eso se debe a la sensación de que cualquier problema es en primer lugar asunto de la gente de los Estados miembros discolos (a pesar de que todo el que tenga un pasaporte europeo se ve afectado, de modo que, en cierto sentido, ya no se puede hablar de asuntos internos en la UE). Pero también se debe a que todavía nos falta

algo parecido a una auténtica esfera pública europea: mucha gente nunca ha oído hablar de los problemas particulares de otros países de la UE.

La desintegración normativa puede no asumir la forma de un estallido político, sino de un gimoto moral. Podríamos ver la lenta erosión de los valores y normas de la UE, y una creciente sensación de que hay una periferia de países (no necesariamente en las fronteras geográficas actuales de la Unión) en los que algo no va del todo bien, y sin embargo nadie piensa que tengan la legitimidad o los medios para hacer mucho por esa periferia. Y está el peligro vinculado de una desintegración normativa que abarcase los distintos vecindarios europeos. Eso ha resultado especialmente claro en la respuesta a la Primavera Árabe. Podría parecer injusto contrastar las acciones europeas después de 2011 con la implicación de la UE después de 1989; pero, pensándolo dos veces, no es una comparación tan extraña. Despues de todo, tendemos a olvidar que la expansión de la UE no era en modo alguno una conclusión preestablecida a comienzos de 1990. Por decirlo en pocas palabras, hizo falta que Helmut Kohl, quizás el último integracionista europeo emocionalmente comprometido, la empujara en 1994 (por



supuesto, también ayudaba que la ampliación beneficiara a los intereses económicos alemanes). La cuestión no es que después de 2011 los europeos deberían haber ofrecido la entrada a los países del otro lado del Mediterráneo, sino que una participación mucho más extensa e intensa (económica y política, además de mucho poder blando) habría sido posible.

En retrospectiva, el uso de tres recursos europeos —la movilidad, el acceso a los mercados y, quizás en primer lugar, el dinero— no habrían supuesto una diferencia decisiva en un país como Egipto, como ha defendido Jan Techau. Pero otro elemento podría haber actuado: el modelo europeo de transición plurista hacia un régimen democrático estable. Eso frente a lo que ocurrió en Egipto, donde dos populismos —el de los Hermanos Musulmanes y el de los laicistas— se enfrentaron entre sí. Al final ganó otro populismo, que promovía el Ejército y decía: el general el-Sisi es el único que representa al pueblo, y toda la oposición es ilegítima. La UE no ha hablado mucho sobre los graves abusos de los derechos humanos que sucedieron. En ese momento, la objeción a que Europa ofreciera, no digamos impulsara, algún “modelo”, era por supuesto que, ante el pasado

colonial de Europa en la región, cualquier implicación podría haber provocado un retroceso, o al menos haberse rechazado como un ejemplo de paternalismo. Pero ¿no estaba ese peligro también en Europa central y oriental en 1989? ¿No se podía haber argumentado que, con las atrocidades de los nazis y de los colaboracionistas locales todavía en la memoria viva, Alemania no debería haber liderado el proceso de integración? Una parte esencial era —a menudo como condición *de facto*— la instauración de instituciones claramente alemanas, entre las que destacaban copias más o menos aproximadas del Tribunal Constitucional alemán.

Por supuesto, la participación normativa puede parecer moralista, o incluso hipócrita. Sería hipócrita (o, de forma bastante típica, una forma de autoengaño europeo) decir que no es tampoco *política*. Durante demasiado tiempo, la UE ha considerado muchos de sus instrumentos, como la ampliación de mercados, la política de fronteras, etc., apolíticos en general. Pero la lección que Putin le ha dado a Europa este año muestra que el régimen ruso no acepta una división que diga que la OTAN es política y la UE apolítica. En cierto sentido, la decisión no está en manos de la UE: si Putin dice que es política, entonces es política. Y Europa necesita responder con una estrategia política.

Es pura especulación, por supuesto, pero uno podría imaginar que en cincuenta años los historiadores hablen de la crisis del euro como una nota a pie de página (aunque no pretendo negar el sufrimiento real que ha provocado), y de la Primavera Árabe y sus fracasos como un gran acontecimiento global —con consecuencias de largo alcance— al que Europa no supo dar forma (con un argumento similar, aunque quizás algo menos dramático, para Ucrania). Y: uno podría ver el ascenso del populismo no como el auténtico fin de la historia en el sentido de Fukuyama, sino como el comienzo de una lenta corrosión de las democracias europeas desde dentro. Es improbable

que el Mediterráneo viva otra primavera política, pero quizás no sea demasiado tarde para oponerse al populismo. —

*Versión editada del discurso inaugural del congreso Networking European Citizenship Education en octubre de 2014, titulado “1914-2014: Lessons from history? Citizenship education and conflict management”. Traducción de Daniel Gascón.*

## LITERATURA

# EL VERDADERO CONDE DE MONTECRISTO

ADA DEL MORAL

**E**n *Django desencadenado* (2012) de Tarantino, el cazarrecompensas Schultz comenta al hacendado Candie que el autor de *Los tres mosqueteros* (1844) no hubiera aprobado que alimentara a sus perros con el esclavo D’Artagnan.

—Francesito débil —se burla Candie.

—¡Alejandro Dumas es negro! —responde Schultz.

Merece la pena ver la cara de póquer de la alimaña esclavista. También llama la atención sobre la identidad de un grande de la literatura, a pesar de “colaboradores” como Auguste Maquet, coautor de *El conde de Montecristo* (1845), a quien untó una exorbitante cantidad para reinar en solitario en este homenaje a su padre, el general Dumas.

Los orígenes del novelista, segundo Alejandro de los tres de tan ilustre casta, no son un misterio. Solo lo habíamos olvidado, pues apenas quedan ecos de los deseires que sufrió, las fotos no eran en color y la estatua dedicada a la memoria del primer Dumas la destruyeron los nazis en el París ocupado. En realidad, aquello fue un colofón que había comenzado cuando Napoleón se quitó la careta de salvador *inter pares* y se adjudicó la de Emperador, borrando de un plumazo al colosal general negro, héroe republicano de la Francia de la libertad, la igualdad y la fraternidad que el corsos utilizó para sus fines autoimperialistas.

Tan ponzoñoso destino llevó a su hijo a vengarse poéticamente de

quienes pretendieron condenar su linaje al olvido y siempre escribió sobre héroes sometidos a intrigas retorcidas que se vengan de manera fabulosa de sus torturadores pero no de sus hijos, en un gesto de humanismo que no tuvieron con ellos.

Tom Reiss cuenta en *El conde negro* (Anagrama, 2014) la historia de un hombre extraordinario. Único general que no recibió la Legión de Honor ni la pensión correspondiente, sin el amor de su hijo y la devoción de pequeñas sociedades secretas jamás habríamos conocido al auténtico Edmond Dantés, conde de Montecristo: Alexandre-Thomas Davy de la Pailleterie (1762-1806), que renegaría de tal apellido en favor del materno Dumas, único recuerdo de su madre vendida junto a tres hermanos para que su padre, el granuja Antoine, se pagara la vuelta a Francia y terminase de hundir la hacienda familiar tras varias décadas huido en Jérémie (Saint Domingue, ahora Haití). La suerte del joven galán tostado fue formarse en la Francia de 1790, pionera en libertades para los negros, obra de abogados ilustrados que supieron manejar los intersticios legales. Gracias a esta coyuntura, aquel joven inteligente, refinado y valiente a quien le gustaban las espadas y las damas pudo labrarse una carrera al margen de un padre que murió cuando agotaba sus recursos... y los de su hijo, recién ingresado en el ejército al estallar la Revolución francesa. Fue entonces cuando el “conde negro” se convirtió en el dragón Alex Dumas, que llegó a general a los 31 años y afrontaría con éxito las campañas de los Alpes, Italia y Egipto. Siempre a la cabeza de sus tropas, bajo su mando se redujeron al máximo los abusos y las deserciones. Defensor de los débiles y azote de opresores, sus enemigos le apodaban el “Diablo Negro”. Respetado por su bondad y sentido de la justicia, y temido por su habilidad militar, tuvo un amor de cuento de hadas con Marie Louise Labouret, de Villers-Cotterêts, madre de sus hijos y mejor amiga. Su destino empezó a torcerse cuando Bonaparte atacó Egipto después de bautizar a Dumas el “Horacio Cocles del Tirol” no sin cierta envidia.



Una noche en Damanhur los generales Dumas, Kleber y Tallien, y el geólogo Dolomieu, todos muy altos, criticaron el rumbo que tomaba Napoleón. Este reproche llegó al futuro emperador, a quien molestaba que Dumas le tratara de tú a tú, que lo tomaran por el jefe dado su imponente físico y que defendiera con tanto ardor sus ideales republicanos. “Por la gloria y el honor de la patria, daría la vuelta al mundo, pero si se tratara de un capricho suyo, no daría un paso. Estoy entregado a mi nación y compañeros cuyo destino no debe estar sometido a un individuo.” A Napoleón la ideología de Dumas le parecía un instrumento perfecto para hacerse con el poder y llegar a ser César. Para después tener otros planes. La sincera coherencia de Dumas había terminado por hacerle vulnerable. Napoleón decidió no incluirle en las representaciones pintadas por Girodet de la conquista del Cairo y otras exitosas acciones militares. Tuvo, además, la suerte de que el barco que le llevaba a casa naufragara en Tarento, Nápoles, cayendo en manos del Ejército de la Santa Fe del Cardenal Ruffo y del “Rey Fugillas”, Fernando IV, casado con la hermana de María Antonieta, que detestaban cuanto oliera a francés o judío. Durante dos años los

náufragos fueron vejados, robados y, por último, envenenados. Dumas novelista se basó en las memorias de su padre y Dolomieu –el conde y el abate Faria respectivamente– para los padecimientos en el Castillo de If. Mientras los cautivos sobrevivían a las intrigas con la ayuda de los “Amigos de los franceses de Tarento”, Napoleón desfiguraba los mejores logros de la Revolución para apuntalar su régimen. Cuando, tras la insistencia de Marie Louise y la de Murat –que fundaría en Nápoles una corte hedonista en una especie de broma cósmica–, Dumas pudo regresar a Francia, hasta el color de su piel había caído en desgracia. En 1802, año del nacimiento de Dumas novelista, Napoleón creó la Legión de Honor y apuntaló la esclavitud en las colonias mientras abolía en todo su territorio los derechos de las personas de color.

El paraíso al que el honorable general Dumas soñaba regresar se había convertido en una prisión donde moriría a los cuarenta años, como un desecho más del relámpago de progreso aniquilado.

Personajes como él, tan escasos como magníficos, nos iluminan para evitar nuevas injusticias y mantenernos alerta ante los lobos con piel de cordero. O de libertador. –